

1. LAS CLASES

Todos sabéis cómo son las clases: un espacio rectangular con mesas y sillas colocadas de forma ordenada en dirección a una pizarra al lado del cual se coloca el profesor en su mesa.

Es un diseño tan habitual que nadie piensa en otro tipo de distribución.

Pero este modelo, desfasado y anacrónico, es lo más antipedagógico que podéis echaros a la mente.

Procede de las viejas homilias que los curas soltaban a la feligresía (si os fijáis, las iglesias tienen la misma distribución) y, como veis, hunde sus raíces en el viejo modelo feudal donde un *magister* soltaba su perorata y los súbditos o "rebaño" aceptaban, sin dudar, lo que se les decía.

Además, cuestiones operativas obliga a que las clases tengan todas unos horarios exactos, un recreo predeterminado y unas horas concretas para cada asignatura.

El Ministerio o Consejería de Educación, asesorada por catedráticos afines a sus ideologías, deciden un número

de horas para cada asignatura y los traslada a los centros quienes, a su vez, delegan en los profesores para que diseñen la temporalización de sus asignaturas a lo largo del curso.

Esta Programación llega a tal extremo de minuciosidad que obliga al profesor a fijar los días y horas exactos que tiene que invertir en cada tema, los días que va a examinar y hasta el criterio que va a seguir de evaluación.

Pero no creáis que quienes diseñan las programaciones tienen muy claro qué debe estudiarse. Continuamente las están cambiando en función de las corrientes ideológicas que gobiernan el país. La cosa llega a tal grado de patetismo que ni siquiera las comunidades autónomas son capaces de ponerse de acuerdo entre ellas sobre qué es lo que necesitáis saber.

En teoría un profesor, y con la Programación de turno en la mano, no puede "entretenerse" en un tema aunque interese a la clase, inventar nuevos ni poner "exámenes sorpresa" como castigo y

suspenso simplemente porque no está en la Programación.

Es triste pero el protocolo es el protocolo. Y la obsesión del Ministerio es que se cumpla con la temporalización, aunque la no-temporalización sea más pedagógica.

Posiblemente algunos de los profesores con los que trabajáis estaría encantado en poder romper con la rigidez de estas absurdas normativas, pero no le dejarían. Por ejemplo, podría dedicarse una jornada completa a una asignatura, dejar de darla una temporada o hacer grupos independientes que llevaran su propio ritmo en función de sus preferencias y hasta cambiar la distribución del aula poniendo, por ejemplo, al profesor en medio de ella, las mesas en "U"... pero eso desconcierta a la burocracia del Ministerio y, casi con toda seguridad, la Dirección del centro haría lo indecible para evitar semejantes "salidas de

tono" por parte de ese profesor o profesores.¹

Por este motivo casi todas las clases son tan aburridas y tediosas: porque no se puede innovar.

Y por eso el modelo de clase sigue siendo el mismo que usan los curas en sus homilías: todo el mundo en silencio y el párroco soltando verdades irrefutables.

La necesidad de mantener este "orden" hace que la mayoría de normas que penden sobre vosotros en el interior de los institutos giren en torno a la represión sobre el estudiante, antes que sobre la mejora en el modelo pedagógico que se emplea.

¹ Un curioso fenómeno muy habitual en los colegios e institutos es la paralización que crea en los profesores activos (generalmente nuevos) la presencia mayoritaria en los claustros de compañeros "inactivos" y ya convenientemente acomodados: todo intento de cambio propuesto por alguno genera una resistencia del grupo ante la posibilidad de que queden ellos en evidencia.

Así, los reglamentos internos de casi todos los centros están lleno de normas amenazantes para que el alumno acepte a la fuerza el diseño de las clases, calle y respete al profesor, se mantenga en orden y atención... pero nada dice de la obligación del docente por hacer las clases atractivas ni se le castiga si no lo hace.

El colmo de la mala praxis docente lo tenemos en el sistema de exámenes que usan la mayoría para comprobar si ha servido de algo sus largas charlas en clase.

Se limitan a colocar "controles" cada cierto tiempo donde se premia la memorística o la habilidad del estudiante por elaborar chuletas para evitar los suspensos.

Hace tiempo que se demostró que los exámenes eran el sistema más absurdo, injusto y arbitrario para evaluar el trabajo de un alumno (lo veremos en otro capítulo) y, sin embargo, se siguen usando.

¿Por qué?

Por simple comodidad docente. Siempre es más cómodo pegarse una paliza a

corregir exámenes una semana cada trimestre que aplicar un método de evaluación continua individualizada en clase (que es lo que, en realidad, dicen las leyes educativas vigentes).

Pero hay más.

¿Conocéis algún profesor que use el humor en sus clases?

¿Sí? Enhorabuena.

No es lo normal. Para los grises técnicos del Ministerio de Educación (y para muchos padres) usar, por ejemplo, el humor para dar las clases es poco menos que un sacrilegio.

La Educación debe ser como ellos: gris y triste.

Pero es mentira.

Una clase puede ser enormemente entretenida, en cualquier materia, siempre y cuando el adulto encargado de darla tenga la suficiente profesionalidad como para usar instrumentos de lenguaje alternativos y más atractivos al joven. Por ejemplo, se podrían hacer ejercicios en el lenguaje

*chatiano*² invirtiendo el orden profesor/alumno y colocándoos a vosotros de "enseñantes" (os sorprendería lo rígidos y torpes que son los mayores -generalmente a partir de los cuarenta- frente a los cambios y la innovación).

Se trata, en definitiva, de acercar el lenguaje al joven y no obligar al joven a entender un lenguaje que le viene aún grande.

Si habéis tenido la suerte de encontraros con un profesor así, tened por seguro que su humor y estilo no está en la Programación que ha presentado al Centro ni cuenta con el apoyo de Dirección. Posiblemente sea sólo un truco que quedará entre él y vosotros.

Porque profesores valientes y comprometidos con el trabajo que hacen los hay, como los ha habido siempre en la Historia de la Educación. Pero se exponen a fuertes críticas y corren el peligro de ser despedidos o ninguneados.

² El que usáis en los chats.

No olvidéis que un profesor es, al fin y al cabo, un trabajador sometido a muchas presiones laborales.

Sobre su cabeza penden las decisiones que tome el claustro (donde una mayoría de profesores "tristes" puede fulminar una idea genial de uno de ellos), los padres (gente, como veremos más adelante, muy rara y que en nombre de sus hijos toman decisiones que les perjudica) y el Ministerio (que en eso de preservar "el orden" no se andan con chiquitas -sobre todo cuando algún caso salta a los medios de comunicación-).

Podrías sugerirle en clase y públicamente, eso sí con mucha delicadeza, que realizara cambios para hacer más atractivos los temas. Pero normalmente esas iniciativas suelen malinterpretarse considerándolo "una ofensa contra su persona".

Posiblemente, lo único que lograríais sería un bloqueo defensivo del profesor volviéndose incluso más agresivo y

trasladando a las notas su pequeña venganza personal.

Y frente a la mala praxis docente ya conocéis vuestros propios mecanismos de defensa: la evasión, desaparecer mentalmente del aula gracias, sobre todo hoy en día, al móvil y las redes sociales.

En este tema los institutos están desbordados. Tened en cuenta que quienes dirigen los centros son señores mayores criados en la máquina de escribir y en el teléfono analógico por cable. Ellos se criaron con solo dos canales de televisión y, encima, controlados por el Gobierno.

Son incapaces de adaptarse al nuevo entorno tecnológico abierto y plural. Para ellos lo nuevo, lo diverso, es un caos y, ante ese difícil reto de adaptación intelectual a la que están obligados, se dedican a ejercer una fuerte represión sobre las nuevas tecnologías como si ellas fueran las

causantes de todas sus desgracias (puro miedo a lo desconocido³).

Es habitual ver en las normas de régimen interior de los colegios apartados específicos dedicados a la prohibición del uso del móvil o Internet en clase, con castigos inimaginables a aquellos osados que se les ocurra usarlos.

Pero vosotros sabéis que es una batalla perdida. Técnicamente ya es imposible evitar que un alumno tenga encendido el móvil en clase (os lleváis dos y dais el viejo al profesor para que lo requise, por

³ Cuando la tele se popularizó sucedió algo parecido: la gente no la veía con buenos ojos considerando que "la radio de toda la vida" era más seria. Realmente, cuando la radio apareció se consideró un instrumento peligroso por los gobiernos porque la gente podía recibir en su casa información no controlada por los estados. Pero vayamos aún más para atrás: cuando Gutenberg perfeccionó la imprenta la Iglesia se echó las manos a la cabeza al comprobar, horrorizada, cómo un mensaje escrito podía ser leído por la gente una y otra vez y, lo que es peor, pasado de mano en mano sin control de los curas.

ejemplo), que chateéis por Internet (con bluetooth o el whatsapp ya no hace falta pasar por el servidor del centro) o controlar vuestra navegación (existen muy buenos programas que permiten saltarse ya los firewalls o servidores proxys instalados por Dirección y otros para crackear los passwords que instalan).

Es increíble la cantidad de tiempo que se pierde amenazando al alumno con que preste atención: se le suele gritar, chantajear, separar de los compañeros, trasladarlo de grupo... cuando todo sería más fácil si el profesor se dedicara a hacer bien su trabajo e hiciera atractivo lo que cuenta.

Los alumnos no sois tontos y cuando os interesa algo apagáis el móvil para que no os moleste. ¿O no?

Finalizamos este apartado abordando un peliagudo tema que tiene a todos los políticos preocupadísimos: el absentismo escolar.

Los alumnos, para desgracia de padres y responsables políticos, tenéis la fea

costumbre de dejar de ir a clase cuando consideráis que no merece la pena oír lo que en ella se cuenta (lo dicho, no sois tontos).

Os habréis dado cuenta que no soléis faltar sistemáticamente a todas las clases (eso se llamaría abandono escolar) sino que decidís a qué clases asistir o no en función de la utilidad o calidad de la enseñanza que el profesor os transmite.

Cuando os juntáis para "hacer pellas" el debate suele ser siempre el mismo: a qué horas faltar. Y la respuesta suele ser siempre la misma: a aquellas donde el profe aburre a las paredes, es un chulo que se pasa la hora amenazando o, simplemente, ya os han suspendido y advertido que no vais a aprobar.

Pero también podríais hacer algo más interesante: asistir a esas horribles clases, grabarlas con el móvil y colgarlas en Youtube como denuncia pública de la mala calidad de la enseñanza que estáis recibiendo.

A lo mejor así aportaríais vuestro granito de arena (como yo estoy haciendo

con este libro) para lograr que España dejara de ser uno de los peores países en materia de educación de Europa.

Lamentablemente, estas nuevas tecnologías también están a disposición de los institutos y, hoy en día, no hay centro que se precie que no tenga un sistema informático para transmitir las faltas de asistencia a vuestros padres, hora a hora.

Es un recurso informativo que se ha convertido en un elemento de venganza personal de los profes, basta ver la cara de satisfacción que ponen algunos cuando le dan al *enter*. Pero hay dos formas muy sensatas de "desactivar" la utilidad del proceso: si sois mayores de edad, notificando a Secretaría la voluntad de que aparezca vuestro móvil en ese programa; y, si sois menores, hablando con vuestros padres y pidiéndoles que confíen en vosotros y soliciten ellos desactivar la opción.

Muchos padres pueden ver en ese gesto un síntoma inequívoco de vuestra madurez y, quizás, admitan vuestra propuesta.

Otras cosas que podéis hacer en lugar de faltar a clase es:

- Redactad una Carta al Director para que un periódico local saque lo que está pasando en clase⁴
- Elaborad unas pequeñas estadísticas sobre cómo distribuye el tiempo de clase y preguntarle la utilidad de semejante distribución temporal.
- Poneos en contacto con las otras clases para averiguar si el problema es común y negociar medidas de presión
- Reventad la clase mediante una batería de preguntas absurdas coordinadas entre todos
- Pedid que explique una cosa mil veces.

⁴ Aunque que os la publiquen o no estará supeditado a que los respectivos directores no se conozcan. Como tengan intereses comunes (patrocinio de páginas, que sean del mismo partido político, etc.) lo tenéis crudo.

- Comparadlo con otros profes (eso les jode mucho).